

Conferencia Inaugural

Ernesto

J.A. TOVAR

Profesor Titular de Pediatría. Jefe del Departamento de Cirugía Pediátrica. Hospital Universitario La Paz. Madrid

El paso del tiempo lima los brillos y las asperezas, suaviza los matices afectivos, diluye las anécdotas y desvela poco a poco la verdad del recuerdo. Esta reflexión sobre lo que significó Ernesto para la pediatría española, para la universidad y para las vidas de quienes le conocimos será pues, por más alejada en el tiempo, más objetiva que las que sucedieron inmediatamente a su muerte.

Probablemente eligió su carrera por tradición familiar, como tantos otros hijos de médico, y muy pronto orientó su vida hacia la pediatría. Salamanca era entonces una pequeña y modesta ciudad provinciana en la que, aparte de la espectacular arquitectura de piedras doradas y el prestigio de su Universidad, poco quedaba del esplendor intelectual de siglos anteriores. La decadencia de la propia Universidad a lo largo del XVIII y el XIX así como las desventuras del XX la habían llevado a una modestia ya hoy difícilmente imaginable. Ni siquiera podía otorgar títulos de doctor y el número de alumnos era –no tengo las cifras, pero me consta– inferior al de los que tenía en el siglo XVI. Su pobreza era patética: las bibliotecas estaban vacías de contenidos modernos por falta de iniciativa y de fondos, muchos profesores se limitaban a dar algunas clases mientras vivían en Madrid, las pensiones de los estudiantes eran modestísimas, las calefacciones escasas en todas partes, y hasta el vino de las horas de asueto era malo. En la España de la abundancia de hoy puede parecer exagerado lo que digo, pero las cosas eran así cuando Ernesto se incorporó a la Facultad de Medicina en la primera promoción de post-guerra y cuando se licenció en 1945.

En aquel mundo universitario asolado por la pobreza y en parte esterilizado por la contienda sobrevivían islotes de inquietud. Varios profesores, entre los que se contaba mi padre, nucleaban una tertulia que pretendía rehacer una vida

intelectual digna. Creo que fue en esa tertulia llamada “Trabajos y días” que tenía lugar en el antiguo café Castilla, donde Ernesto entró en contacto con mi padre e inició una relación muy estrecha con mi familia que duró medio siglo. Por algunos escritos y fotos sé yo que allí, además de arreglar verbalmente el mundo como es habitual en las tertulias, se impulsaban ciertas heterodoxias como homenajear a Unamuno en el cementerio (colóquese mentalmente en 1945 quien pueda) (Figura 1). Ernesto participaba en actividades culturales y literarias y se metía en círculos en los que algunos de sus compañeros de medicina se sentían más incómodos. Frecuentó pintores y escritores, contactó con grupos intelectuales con los que siguió relacionado después y creó así los cimientos de su curiosidad intelectual que se mantuvo intacta toda su vida. La verdad es que a quien le haya conocido después todo esto no puede extrañarle pues mantuvo la mente abierta y juvenil en edades en las que es frecuente que se agoste.

Por entonces se ligó Ernesto a la figura de Arce, su maestro, su antecesor y un poco, hay que decirlo, su tapón. A juzgar por los resultados, Arce, a quien yo no conocí más que como su muy joven paciente, debía ser una gran figura de la pediatría, una gran personalidad y un excelente maestro. Pero la desgracia le visitó pronto dejándole físicamente limitado y alejado, aunque no administrativamente, de su cátedra de Salamanca en la que nunca se instaló realmente (pasaba consulta en el Gran Hotel). Ernesto, ya influido por él en tantas buenas cosas, tuvo que cargar a sus espaldas la cátedra a una edad en la que le hubiera sido probablemente más útil ampliar sus horizontes. Y comenzó a hacer con entusiasmo inagotable una gran labor en las modestísimas instalaciones del hospital universitario. Por aquellos años le presionaba mucho mi padre, que había sido becario de la Junta de Ampliación



Figura 1. Visita de la tertulia Trabajos y Días a la tumba de D. Miguel de Unamuno en el Cementerio de Salamanca. Ernesto (de pie, segundo por la izquierda) aparece junto a sus amigos Santos Torroella, García Blanco, Mary Andújar y Antonio Tovar (hacia 1945).



Figura 2. Visita del profesor Wiskott de Munich a la Universidad de Salamanca en los años 50. A la izquierda Merche y a la derecha Antonio Tovar.

de Estudios en el extranjero durante varios años antes de la guerra, para que fuera a ver lo que hacían en otros lugares y consiguió convencerle de que pasara algún tiempo en Alemania. Se fue a Munich y, peleando con la lengua y el frío del Maximillaneum, completó su formación con el Profesor Wiskott (Figura 2). No sé si aquello le fue muy útil más allá del obvio enriquecimiento vital de ver otros países y otras gentes, pero su carácter abierto y entusiasta le puso en contacto entonces con algunos amigos (el chileno Montero, por ejemplo) que le durarían para siempre y que le abrirían más tarde contactos transoceánicos y europeos.

Su éxito profesional en Salamanca fue tan precoz como total. La verdad es que era un pediatra excepcional tanto por lo mucho que sabía como por cómo en su consulta de la calle Concejo manejaba a niños, madres y familiares, por cómo les comprendía, tranquilizaba y guiaba. Lo mismo puede decirse de su actividad académica en la Universidad en la que era respetado y querido en su función de sustituto del maltrecho maestro pero responsable de todo. Sin embargo, a la hora de los reconocimientos oficiales, las cosas fueron más difíciles. La propia enfermedad del maestro y el que sus discípulos más destacados no ejercieran en el marco académico al uso retrasó su acceso a una cátedra. Primero porque no hubo oposiciones durante años tras la guerra y luego porque éstas eran como eran, Ernesto solamente llegó a la cátedra en 1964 cuando ya era un maestro reconocido desde hacía tiempo.

Mi infancia y parte de mi adolescencia habían transcurrido en aquellos años y yo y mis hermanos veíamos a Ernest

to aparecer frecuentemente por la casa de nuestros padres en la que era un poco como un hermano mayor al que adorábamos. Con su Vespa verde aprendimos a andar en moto a escondidas y más tarde, cuando él ya tenía un minúsculo Renault 4/4 de formas redondeadas y nosotros la edad apropiada, nos lo prestó para examinarnos del carné de conducir. Merche, que era alumna y luego colaboradora suya además de cantar en el coro universitario (Figura 2) y tocar el piano, entró también en nuestro entorno familiar en el que participaba en veladas musicales centradas en el buen piano de media cola de mi padre. Cuando ya se habían casado los Tovar nos fuimos unos años a Argentina y Ernesto y Merche se quedaron temporalmente con el piano y, cuando ya de vuelta de Suramérica mis padres habían decidido continuar su vida académica en los Estados Unidos y luego en Alemania, fueron ellos quienes se quedaron un poco a mi cargo cuando comencé la carrera en Salamanca. Su control era indirecto pues yo vivía en el piso familiar pero, dada mi edad (tenía 16 años), allí se instalaron en mi casa unos entrañables parientes suyos indianos de Saucelle y sesentones, los Valero, quienes se ocuparon de cuidarme durante algún tiempo (Figura 3). Yo iba frecuentemente a casa de Ernesto y Merche en la Gran Vía salmantina buscando guía, consejo, amistad y tertulia. Ya habían tenido varios hijos y era frecuente que tras marcharse a la cama la cansada Merche, siguiéramos Ernesto y yo la charla con copa y cigarrillo hasta muy tarde. Recuerdo que al final de esta etapa, cuando ya se preparaba la mudanza de los Sanchez a Valladolid, la vieja Sole, su entra-



Figura 3. Excursión a los arribes del Duero, cerca del pueblo natal de Ernesto, junto a Antonio Tovar (con boina) y a Vicente Valero. La foto es de principios de los 60.

ñable ama de llaves que siempre me había tratado como a uno de la familia, nos declaró la guerra a mí y a Isidro Carreras cerrándonos la puerta de la casa en varias ocasiones por considerar que éramos cómplices o en parte responsables de tal mudanza.

Al terminar yo la carrera, la familia Sánchez ya estaba instalada en Valladolid y Ernesto comenzaba allí a nuclear su grupo. Mi decidida vocación quirúrgica se mezcló con mi deseo de trabajar con él y me mudé al Pabellón de Niños del Prado de la Magdalena donde pasé dos años bien llenos. Junto a Martín Bermejo, mi compañero de internado, habitación y desventuras, y a los demás alumnos de la Escuela Profesional de Pediatría (Figura 4), comencé mi formación pediátrica y viví su magisterio directo. No era siempre fácil pues él era tan generoso como exigente: aunque solíamos empezar bien temprano no había horario de salida y lo mismo teníamos que atender una urgencia que pasar visita en la Residencia del Seguro o en la inclusa, escribir los informes y las evoluciones en las historias, ayudar al desarrollo del laboratorio con Isidro Carreras y hacer las diapositivas de última hora. No era el entrenamiento de entonces un proceso estructurado de responsabilización progresiva como lo fue pronto el MIR, que se inició por aquellas fechas en Puerta de Hierro, sino más bien algo más espontáneo y desorganizado aunque no por ello menos rico. Gozábamos de otras ventajas: en la



Figura 4. Foto oficial de la primera promoción de la Escuela Profesional de Pediatría y Puericultura de la Universidad de Valladolid (1966-1968). Sentados en el centro, Ciriaco Villar, Manuel Crespo, Ernesto y Valentín Salazar. El autor es el tercero por la derecha en la segunda fila.

jornada había siempre una clase magistral que mantenía la información al día y el conocimiento sistematizado, no se podía faltar a las sesiones clínicas y hasta se beneficiaba uno del magisterio, tan útil, de la pediatría en la consulta privada. En esos años pude ser testigo de la labor de Ernesto no sólo entre nosotros, los internos, sino entre los otros profesores de la Facultad y entre los demás pediatras. El desarrollo que él quería dar a su especialidad en el Hospital era tal que no pocos de sus colegas de claustro hablaban con cierta sorna de la "Facultad de Pediatría" pero no hay duda de que la participación seria y entusiasta de nuestro grupo en las sesiones generales semanales y en el intercambio diario de la asistencia a los pacientes producía un respeto indudable.

En el ámbito profesional pediátrico, comenzaba a desarrollarse por entonces la AEP más o menos con el esquema actual y las sociedades regionales, germen de toda la modesta actividad científica de la época, necesitaban de motores y vitalizadores. Eso fue Ernesto para la SCALP que pasó de grupo de amigos a balbuciente sociedad científica sin dejar de ser un grupo de amigos. Gracias a los muchos caballos del motor de Ernesto el nivel académico de la región mejoró mucho en rigor metodológico y de análisis, aunque siempre dentro de límites bien modestos. Y allí nos fogueamos también los jóvenes que tuvimos que aprender a pergeñar una comunicación sobre un caso raro o una pequeña serie de enfermos para presentarlos en Palencia, en Zamora o en León...unos días después (siempre faltaba tiempo) y escribirlos más tarde para publicarlos en el Boletín. El papel vita-

lizador de Ernesto, su labor de arrastre entre colegas jóvenes y menos jóvenes, fue decisivo para la modernización de la especialidad en la región y para el desarrollo de vocaciones científicas y académicas a la par que para mejorar el nivel asistencial.

Él nunca rechazaba una invitación o una nueva obligación. Su tiempo era cada vez más corto pero lo sacaba del que hubiera debido dedicar a su familia y acumulando sin cesar compromisos. Escribiendo (muy mal por cierto) en una pequeña máquina portátil que apoyaba muchas veces sobre la camilla de la consulta, redactaba ponencias y trabajos casi siempre más allá de la fecha límite de entrega. Cuando hubo que liderar la AEP lo hizo con entusiasmo, cuando se empeñó en revitalizar Anales Españoles de Pediatría como vehículo de las actividades científicas de nuestra comunidad a nivel nacional, dedicó mucho esfuerzo y tiempo a ello con no pocas dificultades pero con el éxito que se conoce y que ha llevado la revista poco a poco a lo que es hoy. En esa época aprendí yo también mucho junto a los otros secretarios de Anales, Arbelo y Escorihuela, de edición, de bibliometría, de imprenta y de los pediatras españoles. Quince años casi trabajamos juntos y en esta faceta pudimos ver también que Ernesto, con todo su empuje y tesón para llevar a cabo la tarea, era también flexible, escuchaba y nos dejaba introducir nuevas ideas. También vivimos de cerca su desinterés material que a veces nos parecía excesivo pues todo el tinglado de la revista, que iba engordando, estaba sustentado en acuerdos entre caballeros y en un invisible contrato con los editores, probablemente nunca escrito, que beneficiaba, sin duda, más a éstos que a la AEP o a sus servidores de la redacción. El despegue y consolidación de Anales como revista de calidad han sido motivo de orgullo y satisfacción tanto para él como para nosotros y no puede dudarse de que fue una aportación decisiva al progreso de la especialidad en España.

Como maestro fue brillante en la clase y junto a la cama del enfermo. Trató de integrar a gentes dispares y atrajo desde a alguno de sus antiguos colaboradores de Salamanca, como Manolo Crespo, hasta a los últimos entrenandos de Valdecilla como Fernando de las Heras pasando por alumnos asturianos, santanderinos, vascos y venezolanos. Nunca dejó de empujar a sus colaboradores, hinchándoles las velas con su entusiasmo a veces desmedido, para que estudiaran, publicasen y, más tarde, para que salieran a otros países a ampliar estudios y horizontes. Yo fui uno de los primeros, pero siguie-

ron enseguida Margarita Alonso Franch, Samuel Gómez, Julio Ardura, Alfredo Blanco, Javier Alvarez Guisasola, María José Martínez Sopena y otros. La tesis era una obligación que condujo no pocas veces a estudios tan bienintencionados como modestos. Las oposiciones no eran obligatorias, naturalmente, pero eran al menos aconsejables y si era inevitable asistir a las de nuestros compañeros mayores para contactar con ese mundo y hacer nuestras primeras armas en la segunda fiesta nacional. Ernesto participaba en todo a todos los niveles. Hasta sus últimos días fue espectador atento y discutiendo provocativo y constructivo en miles de comunicaciones, presentaciones y conferencias llegando al comienzo de cada sesión y permaneciendo en la sala hasta el final de la misma con un papelito que sacaba de su gruesa cartera raída para tomar apuntes. Y siguió así hasta sus últimos días a pesar de que su prematura jubilación académica le hubiera permitido dedicar más tiempo a sí mismo, al ocio o a su familia. En su constante participación en tantos foros dio ejemplo a tantos otros que van a los congresos más a hablar que a aprender y a escuchar. Él cumplía con esto su deber pero es que además satisfacía su curiosidad, evaluaba a cada orador por modesto que fuera y observaba por donde iban los trabajos de cada grupo.

Mi alejamiento de Valladolid para continuar mi carrera quirúrgica pediátrica que era irrealizable dentro de la Universidad y del grupo no me desvinculó del maestro ni de mis amigos. Seguí visitándoles cada vez que pude y participé durante muchos años en sus actividades. También oposité por fin años después impulsado por la insistencia de Ernesto quien estaba firmemente convencido de algo que no entraba en las mentes pediátricas de todos por entonces: que en las "especialidades pediátricas" (aunque la mía sólo lo sea un poco) estaba el futuro de la Pediatría y que sin desarrollarlas a nivel hospitalario y académico la disciplina universitaria se quedaría atrás. Esto se estaba ya viendo en los modernos centros no académicos que la Seguridad Social de entonces estaba abriendo por doquier.

Quizás fue esta la mayor aportación de Ernesto a la Pediatría Española. El intuía o sabía, al observar lo que había pasado ya con la medicina interna o con la cirugía, que la disciplina se iba a fragmentar al aumentar vertiginosamente y hacerse más complejos sus contenidos. Y sabía también que la rigidez de nuestra medicina universitaria, compartimentada en cátedras de contenido esclerosado, estaba condena-



Figura 5. Foto de familia de la reunión anual del Grupo Latino de Pediatría en Santiago de Compostela en 1994, última a la que pudo asistir. Junto a profesores de España, Portugal, Francia, Suiza, Italia, Argentina, Méjico y Brasil aparecen Ernesto (4º por la izquierda, de pie) y el autor (1º por la derecha, de pie).

da a ser sobrepasada por la realidad. Curiosamente, la medicina y la pediatría no académicas que iban naciendo en los nuevos y bien dotados centros creados por el Seguro de Enfermedad estaban amenazadas por las mismas rigideces al querer sus responsables médicos reproducir el modelo académico. Puedo asegurar, pues fui testigo muy cercano de ello, que Ernesto impulsó en ese y otros niveles el desarrollo y el reconocimiento a parte entera de las especialidades pediátricas que ha permitido llegar a donde hemos llegado. Peleó mucho en la primera Comisión Nacional de la Especialidad para conseguir (y estuvo a punto de lograrlo para una o dos) el reconocimiento de las especialidades y bajo cuerda apoyó a algunos de quienes luego fueron líderes de éstas dentro y fuera de la Universidad. Él hizo de puente entre la pediatría antigua y la moderna aunque en su propia facultad ese desarrollo le fuera más difícil.

También hizo todo lo posible para crear y mantener contactos internacionales. En Hispanoamérica tuvo muy buenos amigos y viajó allá muchas veces. En Europa fue uno de los fundadores e impulsores del Grupo Latino de Pediatría a cuyas anuales reuniones babélicas asistía infaltablemente hasta el día de su muerte (Figura 5) y se recreaba en el contacto científico y personal con sus amigos españoles y los de Francia, Italia, Suiza, Portugal, Bélgica, Argentina, Brasil y Méjico que integran tan curioso club de profesores. También a mí me introdujo en él y allí sigo disfrutando casi tanto como él.

En la investigación fue un motor y no solamente de su

propio grupo. En las comisiones del FISS de los primeros tiempos jugó un papel primordial ayudando a despegar y potenciando a cuantos pretendían tomar ese camino y siempre lo hizo con generosidad y amplitud de miras. Los resultados de las pesquisas de sus discípulos evidencian que al fin, tantos años después de buscar esa vía cuando aún no era materialmente posible, había conseguido que nosotros creáramos conocimientos y no solamente que los transmitiéramos.

La faceta más ardua de su vida profesional fue desde mi punto de vista su frustración en las batallas que libró para crear un centro asistencial donde toda su generosa doctrina pudiera desarrollarse dignamente. En Salamanca, por la época y la escasez, no consiguió abrir un mínimo hospitalito infantil que ya estaba construido. En Valladolid no pudo abrir la planta superior del Pabellón (menos mal, pues nos hubiéramos pelado de frío allí) y, cuando ya era materialmente posible, tuvo que pasar por la pesadilla de imaginar, planificar, edificar y equipar un hospital pediátrico de nivel terciario del que la región se hubiera beneficiado mucho para que al fin sus miopes responsables sanitarios renunciaran al proyecto cuando el gasto estaba ya hecho. En otra ocasión dije, y repito hoy, que solamente la atroz muerte accidental de su hija Conchita fue más dolorosa para él que este desesperante proceso de ida y vuelta hacia la nada. Su grupo siguió como pudo en el Hospital Clínico mientras que el proyecto de fusión de éste con el otro hospital de la ciudad (que hubiera sido tan racional y eficiente) se abandonó. Por esa época habíamos



Figura 6. El grupo de Valladolid en la Reunión conjunta de la SCALP y de la Sociedad Portuguesa de Pediatría en Coimbra, Portugal, 1968.

acariciado los dos la posibilidad de volver a trabajar juntos, pero tuvimos que esperar algunos años hasta iniciar otra aventura que terminó en una frustración similar. Siguiendo los usos universitarios de antes de la LRU él hubiera terminado en Madrid entre los años 70 y 80. Primero desistió de suceder a D. Ciriaco Laguna en el Hospital Clínico de San Carlos, lo que habría estado dentro de la lógica del sistema. Más tarde, al jubilarse D. Enrique Jaso, pudo haber dirigido La Paz pero no quiso ni intentarlo para no competir con sus amigos de la escuela de Arce, Federico Collado y Carlos Vázquez. A punto estuvo de mudarse de nuevo cuando, impulsado por D. José M^a Segovia que era a la sazón Secretario de Estado de Sanidad, puso en marcha del Hospital Infantil del 1^o de Octubre. Fue precisamente en esa fase cuando de nuevo colaboramos y debo decir que en condiciones inicialmente inmejorables, pues dada la supuesta urgencia social de la apertura del centro se le dieron poderes bastante amplios para equipar y organizar. Pero a la hora de la verdad no pudo seleccionar colaboradores al celebrarse los concursos de estos antes que los de sus jefes. El retraso en el acceso de los responsables por vías administrativamente aceptables le obligó a retirarse para no seguir teniendo un pie en cada ciudad durante más tiempo que el prudente. Fueron meses de mucho trabajo, mucha ilusión y muchas horas en el Hotel Tirol donde se alojaba

parte de la semana agravando su crónica desdedicación familiar. Y todavía, tras aquella aventura frustrada en la que él, yo y varios más dejamos algunas plumas, intentaron que se hiciera cargo del Hospital del Niño Jesús. Pero un poco por su apego a su ciudad y a su gente y un poco porque todas las vías propuestas para pasar a ámbitos hospitalarios de más envergadura eran en cierto modo irregulares, se resistió a seguir adelante cuando pudo y se retiró elegantemente cuando no pudo. Y se quedó en Valladolid hasta el final lo que sin duda benefició a su grupo pero perjudicó la difusión de su magisterio y su estilo que hubieran sido muy beneficiosos en un centro mayor.

La faceta que más recuerdo de Ernesto es la del hombre vital y gozador. Le encantaba estar con sus amigos, hablar, comunicar. Sabía más que nadie sobre las interioridades de la historia reciente de la Pediatría española y muchas veces comentamos que debería haber escrito algo sobre esto aunque se resistió porque decía que no todo era contable. Le gustaba la lectura, el cine, al que sólo pudo ir frecuentemente cuando se jubiló, el campo en primavera, el paisaje de los arribes del Duero, la buena mesa y hasta alguna copa mientras su estómago se lo permitió. Muchas veces viajamos en coche o en autobús para ir a congresos o reuniones (Figura 6) y siempre eran días de camaradería, charla y proyectos. Cuando ya estaba tocado por la enfermedad hicimos un viaje a Santiago de Compostela recorriendo el Bierzo en primavera y no puedo olvidar cómo gozó él del paisaje y de la compañía pues ya sabía que se acercaba el final. Y el cómo vivió este final muestra el temple del hombre que fue. Siguió gozando de todo lo que le gustaba hasta el último día. Se enfrentó con el cáncer con naturalidad y valentía asistiendo hasta muy tarde a obligaciones que podría y debería haber soslayado. Nos escribía notitas desdramatizando lo que llamaba su “cangrejo” y no dejó de hacer lo que él pensaba que debía hacer hasta que las fuerzas y la luz le faltaron. Como todos los hombres tuvo sus defectos y el peor fue que siempre hizo pasar sus agobiadoras obligaciones por delante de la atención que hubiera debido prodigar a su familia aunque algo les debía transmitir para que, además de Merche, Marta, Merche hija, Ernesto, Isabel y Ramón hayan terminado siendo médicos.

He conocido, pocos maestros tan buenos, pocos médicos tan humanos, pocas personas tan honradas y pocos amigos tan entrañables. Compartir con él tantas cosas en estos muchos años ha sido un privilegio del que siempre estaré orgulloso.